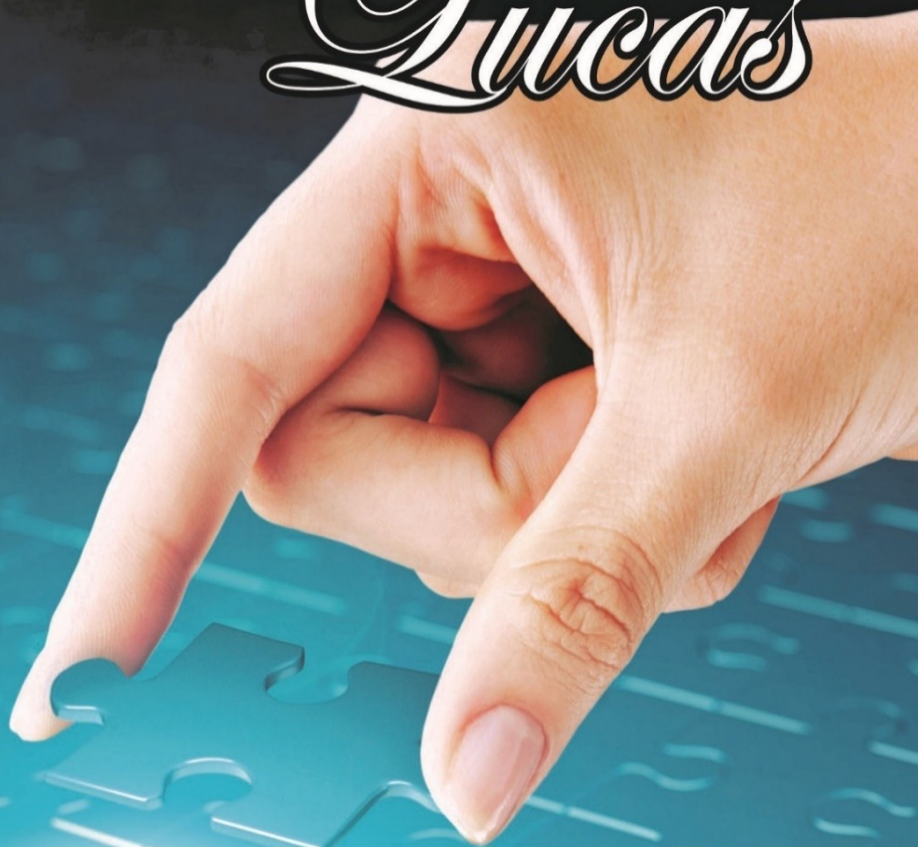


Ediciones Lucas



“LAS DIMENSIONES DEL CUERPO DE CRISTO”
EI-010325-105

“LAS DIMENSIONES DEL CUERPO DE CRISTO”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: marzo 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010325-105

LAS DIMENSIONES DEL CUERPO DE CRISTO

S
E
M
A
N
A
—
1
—

La revelación del Cuerpo de Cristo no solo es el centro de la revelación del Señor en la Oikonomia (o dispensación del Nuevo Pacto), sino que, a la luz del Nuevo Testamento, podemos decir que dicho Cuerpo es la constitución del órgano de expresión de Cristo mismo; y, además, que éste tiene como contenido y Vida a la Persona misma del Señor. El apóstol Pablo explica muy bien en casi todas sus cartas a las Iglesias qué es lo que Dios pretende con este Organismo. El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, no es una organización, sino un organismo viviente y múltiple.

La Iglesia, denominada en el Nuevo Testamento por el apóstol Pablo como el Cuerpo de Cristo, es el centro de la revelación de todo lo que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo quieren hacer en esta dispensación con toda la humanidad. Esta revelación tiene como objetivo no solo manifestar el designio eterno de Dios y su propósito, sino también desarrollarlo hasta llevarlo a su feliz término en la edad futura. Si quisiéramos resumir todo lo relacionado con Cristo en esta dispensación, sería propicio utilizar la frase: “Cristo y la Iglesia”.

Nuestro Señor Jesucristo es el postrer Adán, quien vino a suplir las deficiencias del primer hombre que Dios puso en la tierra, el cual, por su

propia voluntad, decidió caer, ser derrotado por el enemigo y perder todo lo que Dios había designado para Él. Pasaron alrededor de cuatro mil años de historia bíblica hasta que el Padre volvió a poner en la tierra a un hombre nuevo: nuestro Señor Jesús.

El Señor fue un hombre corporativo, al igual que Adán. Decimos que Adán fue corporativo porque la Biblia dice en **1 Corintios 15:22**:

“Porque así como en Adán todos mueren...”.

Lo corporativo de Adán radica en el hecho de que todos los seres humanos somos pecadores desde nuestra concepción, simplemente por ser sus descendientes. No tenemos forma de renunciar a la genética caída que heredamos de nuestro progenitor Adán. Cuando Adán cayó en pecado, todos sus descendientes también cayeron.

El primer Adán no pudo llevar a cabo el propósito de Dios; por lo tanto, Dios decidió enviar a un postrer Adán (o un nuevo Adán), que fue Cristo, pero también lo hizo un hombre corporativo. De modo que, en Cristo, toda la humanidad puede ser afectada de manera positiva. Por eso dice **1 Corintios 15:22**

“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz del Calvario, siendo Él un hombre corporativo, no solo

murió Él, sino que todos los seres humanos murieron juntamente con Él. Es por este atributo que en Cristo se puede proclamar el perdón de los pecados, porque Cristo murió como hombre corporativo, cargando el pecado de toda la humanidad, y con ello, Dios solucionó el problema del pecado que la raza humana adquirió a causa del primer Adán.

Dios seguirá desarrollando sus deseos eternos únicamente en la persona de Jesús, pues Él es el nuevo hombre corporativo. Ahora bien, algo que es necesario no olvidar en esta ecuación es que, aunque Cristo (la cabeza) es sin pecado, nosotros, quienes lo conformamos, tenemos la naturaleza del primer hombre corporativo caído: Adán.

A raíz de esta realidad, creer en el Señor Jesús como nuestro único Salvador es más que necesario, pues al creer somos trasladados del primer Adán al postrer Adán. Creer en Jesús es el único camino para ser incorporados en el postrer Adán. Ahora que hemos creído en Jesús, Él está en nosotros y nosotros en Él, de modo que somos participantes de la centralidad de los planes de Dios en Cristo Jesús.

Dice 1 Corintios 15:27-28:

“Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a Él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a Él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces

también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos”.

Este pasaje nos muestra claramente que el Padre le ha dado todo al Hijo. El Señor Jesús también lo afirmó después de haber resucitado.

Mateo 28:18 dice:

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”.

Ya dijimos que lo primero que Dios hace es trasladarnos del antiguo Adán hacia el postrer Adán, con el fin de que estemos en un nuevo ecosistema. Nosotros, los creyentes, vivimos en una nueva esfera, en un nuevo mundo, en una nueva dimensión, con miras a llegar a ser, en este tiempo presente, el Cuerpo de Cristo. Con este entendimiento, todos los que nos hemos convertido genuinamente al Señor debemos estar seguros de que somos parte de Su Cuerpo. Ahora bien, a la luz del Nuevo Testamento, el Cuerpo de Cristo es el epicentro de todo el trabajo de Dios; es Su taller, es donde Él labora desde este tiempo presente hasta la edad futura. Todo el quehacer de Dios gira en torno a Cristo, y todo lo que Dios puede hacer lo hace por medio del Cuerpo de Cristo. Es como lo que nos sucede a nosotros en el día a día: salimos a trabajar porque nuestro cuerpo físico responde a dicha tarea. Cuando estamos enfermos, no podemos trabajar, aun así tengamos toda la intención de querer hacerlo. Más o menos así es lo que sucede en este tiempo; Dios tiene que valerse de un Cuerpo para obrar.

Al Cristo que vivió, murió y resucitó hace dos mil años, lo ascendieron a la presencia del Padre y, en lugar de Él, el Padre envió al Espíritu Santo. Esto se cumplió en **Hechos 2:33**:

“Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

La promesa era el Espíritu Santo, que habría de enviar como Espíritu de Vida para que vivificara nuestro espíritu y como Espíritu de la Realidad para conectarnos con la realidad de Dios (tanto el Espíritu de Vida como el Espíritu de la Realidad son el mismo Espíritu Santo). El Espíritu Santo es quien contiene todas las virtudes de Cristo; es el resumen de lo que vivió e hizo nuestro Señor, es Su esencia en forma de Espíritu para poder ser impartida en cada uno de nosotros.

Bajo este punto de vista, los que tenemos al Espíritu de Vida en nuestro espíritu somos hechos miembros de Su Cuerpo, de modo que podemos manifestarlo y desarrollar Sus planes eternos en esta era. Por esta razón, nosotros tenemos que responsabilizarnos con los planes de Dios. No importa si somos pocos o muchos, pero debemos ser responsables.

Hasta el día de hoy, el Señor Jesús posee un Cuerpo físico glorificado en el cual habita. Él vive en el mismo cuerpo del niño que nació en Belén, creció hasta los treinta y tres años, fue crucificado, pero también resucitó, fue glorificado y ascendió. Ese Jesús que fue llevado al cielo ya no está en la tierra, pero sí está en Espíritu. Ahora, ¿qué cuerpo ocupa en este tiempo presente para manifestarse al mundo? Definitivamente debe ser el Cuerpo místico, que está conformado por los que han creído en Él.

Lo que debemos aclarar en esta ocasión es que, aunque a todos los que creen en Su Nombre se les

ha dado la potestad de ser “miembros de Su Cuerpo”, no se manifiesta en todos los creyentes, sino solo en aquellos que participan de la Iglesia, pues la Iglesia es Su Cuerpo.

Aquí es donde cobra relevancia comprender qué es la Iglesia. Etimológicamente, Iglesia significa “los llamados a salir”. En el concepto apostólico, podemos darnos cuenta de que la Iglesia está conformada por aquellos que aceptan el llamado para salir del sistema del mundo y reunirse con otros santos en el Nombre del Señor. El cristiano debe aceptar tal llamado; de lo contrario, solo será un creyente “espectador”. Dios nos hace el llamado a salir de nuestro sistema de vida, a salir de la rutina que hemos llevado, a dejar nuestras costumbres, a salir fuera de nosotros mismos y de todo lo que somos y hacemos, con el fin de reunirnos con nuestros hermanos, porque con los tales Él va a consolidar Su Cuerpo.

La Iglesia no consiste, entonces, en un local lleno de personas, sino en que dos, tres o más creyentes tengan la visión de que, al reunirse en el Nombre del Señor conforman el Cuerpo de Cristo. Para conformar el Cuerpo de Cristo no basta con creer, tener el material genético de Cristo o gustar de Su naturaleza. Si lo vemos desde una perspectiva natural, una mano no es el cuerpo de alguien, solo es un miembro de esa persona. Si una mujer embarazada diera a luz un “dedo”, no podría decir que el niño le salió en forma de dedo; más bien, debería reconocer que el cuerpo nunca se formó.

De modo que, cada uno de nosotros, aunque somos miembros en lo particular, eso no nos da el derecho de creer que somos el Cuerpo de Cristo.

Para dejar de ser muchos miembros aislados, lo que debemos hacer es reunirnos en el Nombre del Señor y ser responsables en conformar la Iglesia. El miembro que no permanece en el Cuerpo muere, tanto en el plano físico como en el espiritual. Dice **Juan 15:1:**

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. 2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”.

El que permanece en la Iglesia, por más marchito que parezca, tarde o temprano dará fruto; pero el que no se congrega, morirá pronto.

Ya hemos dicho que la fase inicial para aceptar el llamado del Señor y conformar Su Cuerpo es salir de nuestro sistema de vida actual para reunirnos como Iglesia. Después de esto, debemos depurar ciertas costumbres que arrastramos del linaje caído de Adán. Ninguno de los llamados a formar parte del Cuerpo de Cristo escapa a la simiente caída de Adán, ni a haber sido constituidos según el sistema de este mundo. De alguna manera, todos hemos sido configurados por el mundo; sin embargo, nos reunimos con nuestros hermanos con la esperanza de que, aun siendo olivos silvestres, podamos ser injertados en el buen olivo.

¿Qué método usa Dios para injertarnos en Su Cuerpo? Lo hace a través de las Iglesias Locales. El Evangelio carece de valor si no tenemos aprecio, respeto y estima por la Iglesia local. A la Iglesia debemos llegar con la intención de aportar; de lo contrario, solo seremos miembros infructuosos.

S
E
M
A
N
A
—
3
—
Así como el mundo nos ha configurado a través de su sistema para ser esclavos de Satanás, también debemos permitir que el Espíritu Santo nos configure para Dios. Y cuando hablamos de ser “configurados”, no solo se trata de una configuración externa, sino de una configuración en el interior. Esto es similar al caso de los estudiantes en las escuelas: aunque todos usan el mismo uniforme, las calificaciones revelan que no todos son buenos estudiantes. De igual manera sucede en la Iglesia: no se trata de usar ropa que nos haga parecer “cristianos”, sino de ser transformados en nuestro interior. Exteriormente, lo que debemos evitar es la deshonestidad y la ostentación; después de eso, somos libres de usar la ropa que queramos. Lo que debemos procurar es una transformación interna. El apóstol Pablo, en sus cartas, trató muy pocas veces los asuntos externos, ya que su prioridad no era corregir lo externo, sino lo interno.

El Cuerpo de Cristo es la constitución de Cristo y su órgano de expresión. Lo primero que debemos entender al aceptar ser parte de la Iglesia del Señor es que fuimos llamados para colaborar con Él, es decir, nos ponemos a disposición para

ser el vehículo por el cual Él se manifestará y se expresará en este tiempo presente. Dios es Espíritu, y nos ha compartido Su naturaleza en forma de Espíritu. Por lo tanto, necesita un Cuerpo místico a través del cual pueda expresarse. Si un día nos reuniéramos y todos nos pusiéramos de acuerdo para escuchar directamente a Dios, lo que escucharíamos, por sí solo, sería “silencio”, puro ruido ambiental, pues Dios es Espíritu. Dios ha diseñado, en este tiempo, manifestarse y expresarse a través de los miembros que conforman Su Cuerpo. Dios espera que algunos canten, que otros toquen instrumentos, que otros prediquen, que otros aporten, y que cada uno se disponga a colaborar con Él para Su manifestación y expresión. Dios necesita bocas, manos, pies, etc., miembros que, estando todos en conjunto, le digamos: “Señor, somos Tu Cuerpo, muévete y haz lo que Tú desees”.

Al decir que el Cuerpo de Cristo es la constitución de Cristo y su órgano de expresión, también debemos entender que necesitamos ser configurados por el Señor no solo para ser Sus “miembros”, sino Su Cuerpo. Para esto, lo primero que necesitamos es tener unidad y comunión unos con otros. No olvidemos que cada uno de nosotros somos miembros del Cuerpo de Cristo, y que nadie puede ser el Cuerpo de Cristo por sí mismo. ¿De qué le sirve a Dios un predicador si no hay almas a las que les predique? Por eso, la cuota mínima que el Señor dejó fue: “Donde dos o tres estén reunidos en mi Nombre...”. Nadie diga: “Yo no sé hacer nada”

porque todos tenemos algo que le puede servir al Señor para Su expresión.

Leamos a continuación unos pasajes de la Biblia que confirman lo que hemos dicho hasta el momento:

Efesios 1:22

“y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, 23 la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”.

1 Corintios 12:12

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo”.

Colosenses 1:24

“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”.

Efesios 5:29 “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, 30 porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”.

Tenemos que armonizar con los hermanos, amarlos y procurar estar bien con todos. Si en algo tenemos alguna desavenencia, debemos arreglarla por amor al Señor. Dios no necesita súper miembros; Él necesita un Cuerpo bien ajustado a Su voluntad.

Lo que Dios espera es que cada uno haga su parte. Tal claridad la tenía el apóstol Pablo. Dice Colosenses 1:24 que él padecía en su carne con tal de bendecir a la Iglesia del Señor. De igual manera cada uno de nosotros debemos padecer, debemos esforzarnos, debemos dar nuestros dones, nuestro tiempo, nuestras finanzas, etc. Cuando todos tenemos este mismo sentir, entonces Cristo tiene un Cuerpo por el cual poder expresarse en la tierra.

El Cuerpo de Cristo tiene dos grandes aspectos:

“Nosotros” como miembros del Cuerpo de Cristo. Esto es: “Yo me uno a mis hermanos para que juntos seamos la expresión de Jesús”.

*Somos Su Cuerpo a nivel matrimonial: Esto lo debemos relacionar con lo que dice **Efesios 5:30** “porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. 31Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. 32Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”.*

Quiere decir que el Señor tiene dos dimensiones en las cuales puede aprovecharnos como Su Cuerpo. La primera es para que Él se exprese a través de nosotros según su beneplácito. La segunda es para que, como “Su Esposa”, seamos Su gozo y Su realización.

En una relación hombre-mujer, generalmente la esposa es la que atiende todas las necesidades del hogar: ella cocina, prepara la ropa, asea la casa, etc. Sin embargo, su labor principal es ser el gozo y la realización de su marido. Hay muchas formas en que una mujer puede ser gozo para su marido, pero sin lugar a dudas, la mayor realización que le puede dar es convirtiéndose en madre de sus hijos. Sin embargo, como dijo el apóstol Pablo: “...yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia”. El Señor encuentra realización en nosotros cuando nos ve juntos, alabándole, cantándole y también multiplicándonos.

Analicemos otro concepto: “El Cuerpo de Cristo también tiene como contenido y Vida la Persona de Jesús”.

La Vida de Cristo fluye en cada uno de Sus miembros que lo conforman. Así como la sangre lleva oxígeno y nutrientes a cada uno de los miembros de nuestro cuerpo, el Espíritu del Señor fluye y está accesible para cada uno de Sus miembros. Permítame decir lo siguiente a manera de ejemplo: “Yo no soy directamente responsable de que el hermano Fulano ande en el espíritu o en la carne”. Técnicamente hablando, el hermano “Fulano” no me puede culpabilizar de su condición caótica en el Señor. Cada miembro debe responsabilizarse de su condición espiritual; cada uno debe ser responsable de orar, buscar al Señor, leer la Biblia, etc. Si hacemos estas cosas, seguramente estaremos fortalecidos en el hombre interior. Ahora bien, debemos decir que también existe un fluir corporativo que no obtendremos a menos que estemos con los demás miembros. Al fusionarse estas dos dimensiones, es cuando el Cuerpo termina siendo el receptor y el contenido de la Persona misma de Jesús. Es en esta fusión cuando somos verdaderamente el Cuerpo de Cristo.

Dice **Efesios 2:14**

“porque Él es nuestra paz, el que, habiendo derribado la pared intermedia de separación, la

S
E
M
A
N
A
—
4
—

enemistad, de ambos hizo uno, 15 aboliendo en su carne la ley de los mandamientos expresados en preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo nuevo hombre, haciendo la paz, 16 y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la cruz, matando en ella la enemistad”.

Notemos cómo el apóstol Pablo aquí ya no habla de un “Cuerpo”, sino de “un solo y nuevo hombre”. Esto no significa que se refiera a algo diferente, sino que debemos concluir que, como Cuerpo de Cristo, constituimos al Cristo corporativo, es decir, a un Nuevo Hombre. Llega un momento en el que, como Cuerpo de Cristo, aportamos todo lo que Él nos ha dado para que Él pueda expresarse. Dios no necesita, en sí, al hermano “Fulano”, sino la Vida que ha puesto en él para manifestarse. De la misma manera, necesita la Vida que puso en el hermano “Mengano”, en “Sutano”, etc. Y al conjuntar lo que Él ha depositado en cada uno, se constituye el Cristo corporativo.

Ahora bien, el Señor todavía quiere hacer algo más en nosotros. Él nos invita a dejarnos liberar, a purificarnos, a santificarnos y a unirnos en amor para que Él sea la Vida y la Persona de ese Nuevo Hombre que conformamos mediante las Iglesias Locales. La diferencia es que, en esta etapa, el Señor sí requiere a cada uno de los miembros de una forma particular y depurada, sin su Falso Yo. ¿Con qué fin? Con el fin de alcanzar la cúspide como Cuerpo de Cristo, que consiste en ser el Cristo-

Iglesia manifestado en cada localidad. El Señor desea manifestarse en la tierra de manera local.

Para entenderlo mejor, pensemos en el siguiente ejemplo: es posible que el Cristo de la Iglesia en Sacacoyo toque guitarra, mientras que el Cristo de la localidad de Tepecoyo no lo haga. ¿Por qué? Porque Sus miembros lo expresan de manera distinta. Sin embargo, en Vida y contenido, ambas localidades son Jesús. Podemos decir que cada localidad, a pesar de sus diferencias, expresan a Jesús. Él le cede a cada una Su Persona, permitiéndole expresarlo según las particularidades de los miembros que la conforman.

La figura del matrimonio es la más parecida a lo que estamos diciendo. Cuando un hombre y una mujer se casan, hasta el día de hoy es válido que la mujer adopte el apellido de su esposo. Con el paso de los años, podemos ver que la mujer no solo adopta el apellido, sino también la identidad de su esposo; es decir, ambos terminan pareciéndose en todos los aspectos. Podríamos decir que allí surgió un nuevo hombre, pues dos se hicieron uno. Así es Cristo, el Nuevo Hombre: hay una personalidad en cada Iglesia Local que Él respeta y no elimina.

Pongamos atención a lo siguiente: “En el proceso que Dios tiene para nosotros, nunca permitamos que la religión extirpe lo que somos de manera particular”. El celo religioso nos insta a perder nuestra personalidad; sin embargo, Dios no quiere quitarnos eso. Una cosa es que Dios desee

eliminar el pecado, el Falso Yo, las programaciones emocionales y todo lo inservible que tengamos, pues estas son las cosas que han opacado nuestra verdadera personalidad, la cual Él quiere precisamente realzar. Vidas purificadas en conjunto dentro de cada Iglesia Local son las que permiten expresar al Nuevo Hombre.

El Nuevo Hombre representa la aceptación de Dios al compartir Su Vida con la persona corporativa de cada Iglesia Local. Al leer el Nuevo Testamento, podemos ver cómo el apóstol Pablo realza ciertas virtudes y diferencias entre las Iglesias Locales. Mencionemos la siguiente:

“Y éstos (los de Berea) eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”

Hechos 17:11

Notemos como el Espíritu Santo instó a Lucas a escribir “los de Berea”; no quedó escrito: “algunos hermanos de Berea eran más nobles”, sino lo hizo inclusivo según esa localidad. Quiere decir que los hermanos de Berea se habían constituido en un Nuevo Hombre que tenía la particularidad de ser más noble para recibir y escudriñar La Palabra.

¡Que Dios nos permita manifestar al Nuevo Hombre en nuestras Iglesias Locales! Que Él

conceda a cada Iglesia expresar cada vez más a Cristo según su personalidad corporativa.

¡Amén!